

PEQUEÑECES

El Viernes 20 del pasado Febrero, dió el Dr. Codina una conferencia en el Ayuntamiento de Madrid, dando cuenta de como están organizados y atendidos los servicios de Beneficencia y Sanidad en la Habana, en los que gasta anualmente el Ayuntamiento de dicha Capital *seis millones de pesetas*.

Comentando esta conferencia y comparando las cifras anotadas con las que gasta el Ayuntamiento Madrileño, dijo el Alcalde de nuestra primera Capital que, *había que tener en cuenta que Cuba es, proporcionalmente el país más rico del mundo*.

Oyendo esta espontánea declaración, y recordando la época de dominación española en aquella hermosa Isla, la actuación en ella de los políticos españoles de todas clases, castas, jurisdicciones y categorías, los resultados que tanto *para sí*, como para la Patria obtuvieron, y el desastre final, solo se nos ocurre exclamar con pena, asco e indignación:... «¡Que confesión tan hermosa!»

*
**

En un pueblo de esta Provincia, cuyo

nombre nos reservamos, para demostrar a su primera autoridad, que poseemos más delicadeza que la por ella empleada con los dignos compañeros nuestros que en su demarcación ejercen, existe un ¿Alcalde? que trata con la mayor desconsideración, irrespetuosidad y descortesía a los abnegados compañeros que allí prestan sus humanitarios servicios profesionales, llegando hasta cometer el africano atropello de impedirles salir del casco de la población!

¿No habría medio, señor Gobernador, de destituir a quien así desprestigia al digno Directorio que nos gobierna, y que si escaló el poder lo hizo, según propia confesión, para corregir y castigar abusos, entre ellos los de esta naturaleza?

Porque estos actos dejan en mantillas a los mayores atropellos caciquiles, cometidos por los analfabetos monterillas del antiguo régimen; y la verdad, para seguir presenciando estas edificantes escenas, no valía la pena de haber cambiado.

Cuando se cumple y hace cumplir la Ley por amor a la justicia, se ejerce un acto de virtuoso civismo; cuando no se cumple, y se extrema el cumplimiento para aquellos sobre quienes se ejerce autoridad, sin otro objeto que el deliberado propósito de molestarles, entonces... se comete una repugnante y despreciable injusticia.

Y no deben olvidar las autoridades que el cobarde hecho de ampararse en la Ley para cometer represalias, suele traer a veces fatales consecuencias.

Nada hay tan repugnante e irritante como el abuso de autoridad.

*
**

El Señor Boullón, acompañado del Sr. Trujillano, se reunió una noche con don Enrique Mateo y conmigo en el cuarto del Hotel que ambos ocupábamos en Medina a comentar las incidencias de la Asamblea, comentarios que duraron hasta las *cuatro de la mañana del día 20*.

Allí *prestó su asentimiento* a las razones y justificadas censuras que Mateo y yo dirigíamos a *La Voz Médica* por su funesta actuación, y allí *admiró y aplaudió* las excelencias que exponíamos de la actuación de las Federaciones Sanitarias, enumerando los casos prácticos y comprobables que conocíamos.

Esta actitud del Sr. Boullón, nos chocó, conociendo como conocíamos, su *caso de Carabanchel*, que le obligaba a estar agradecido.

Pero cuando mi asombro no tiene límites, es ahora, al ver sus escritos, en abierta contraposición con aquello que, ante nosotros *admiraba y aplaudía*, escritos publicados precisamente en el periódico

— 66 —

lo he hecho por evitar encontrarme con tu sobrina.

D.^a Carmen. No ha vuelto.

Petra. Hiciste muy bien en enviarle aquel recado.

D.^a Carmen. No se si hice bien... No se... Siéntate...

Petra. Tu conciencia debe estar bien tranquila

D.^a Carmen. Si, estoy tranquila... No me remuerde la conciencia. (Se sientan)

Petra. No podrán decir otro tanto algunas personas

D.^a Carmen. No se.

Petra. Me refiero a tu sobrina... ¡Que valor de criatura!... ¡Presentarse en esta casa!... Por su puesto, tiene buen maestro...

D.^a Carmen. Quiere también mucho a su tío... Y él a ella.

Petra. Porque era un santo.

Antonia. (Foro) La señora de Verderón.

D.^a Carmen. (Levantándose) Recíbela tu... Voy a pasar mientras a dar una vuelta (Vase izqda.)

ESCENA OCTAVA.

PETRA, EULOGIA, HERMANAS, EMILIO.

Eulogia. Holal... Sabía por tu hermana que estabas aquí

Petra. Acabo de llegar. (Se sientan)

— 67 —

Eulogia. Y Carmen?

Petra. Ahora saldrá... Ha pasado un momento.

Eulogia. Y el enfermo?

Petra. Acabandico

Eulogia. Pero mujer, ves que golpe.

Petra. Que escándalo querrás decir.

Eulogia. Como que está el pueblo escandalizado... No se habla de otra cosa.

Petra. Te confieso que para mí esto ha sido una sorpresa.

Eulogia. Y para todo el mundo.

Petra. Yo no creí a esta mujer capaz de hacer lo que ha hecho... ¡Y con un hermano!...

Eulogia. Yo sí... He lidiado mucho con ella y sé de todo lo que es capaz. La defiendo por ahí, porque al fin está una necesitada y... algo me ayuda... pero la conozco mucho.

Petra. Lo que hace el odio... Por más que en este caso, tanto culpo yo a ella como a su marido.

Eulogia. Puede que tengas razón.

Petra. Y tanto como la tengo... El es un avaro... Un usurero... Por el dinero es capaz de todo... Y si no, ¿porqué se casó con ella siendo un vegestorio?

Eulogia. Y como se casó... que eso lo se yo mejor que nadie... Pero de todos modos, en este caso la conducta de ella no tiene disculpa.

Petra. Y sin embargo trata de disculparse con su